REVISTA DEL SALTO

Semanario de Literatura y Ciencias Sociales

Aparece los lunes, y cada cuatro números constituyen un mes de suscrición.

OFICINAS: DAYMÁN 121

Precios de la suscrición

Mes.....$ 0.40
Tres meses.....« 1.10
Seis « .....« 2.00

SALTO, OCTUBRE 2 de 1899.

REGENERACIÔN

Lejos, muy lejos están aquellos tiempos en que relegada al estado secundario como un sér inferior, la mujer ocupaba en el hogar, con muy pocas excepciones, el lugar de una ama de llaves más bien que el de esposa y madre; no tenía voz ni voto ni aun para elegir carreras á sus hijos.

Los tiempos esos pasaron, hoy se ha conseguido que la mujer sea intelectualmente considerada igual al hombre; las universidades, despues de alguna resistencia, es cierto, han abierto sus aulas á la mujer que ha comprobado sus dotes intelectuales llegando á obtener grandes clasificaciones y aun más, los plácemes de las mesas examinadoras. De hoy más la mujer dignificada puede levantar su altiva frente y ocupar en el hogar, su verdadero solio, el lugar tanto tiempo disputado.

Mas, como todo aquello que ha sido arrancado por la fuerza toca muchas veces los extremos, ese pobre espíritu encerrado tanto tiempo en las tinieblas, hoy, que puede libremente tomar su vuelo, no encuentra límites á sus ansias de saber, y cual una avalancha que de las altas cumbres se precipita arrollándolo todo á su paso, él todo lo investiga, todo lo invade, y no le detienen ni aùn los umbrales del anfiteatro, ni la sala de disecciones!...

Que la mujer cumplirá conscientemente su cometido en cualquier ramo del saber humano á que se dedique, lo sabemos ya: pero nos asalta una duda, tiénta nos un parangón; entre la mujer educada para ornamento del hogar, la mujer en quien se ha tratado de educar su espíritu inclidándolo al culto de las bellas artes, cuya instrucción es igual á su educación, pero que prefiere los tranquilos goces del hogar á los bulliciosos aplausos de la muchedumbre, y aquella otra mujer educada, instruida, pero cuya afición la arrastra á la investigación de arduos problemas científicos; ¿Cuál de esas dos mujeres proporcionarà màs caudal de felicidad á su familia?

Esa es una pregunta á la cual no sabríamos responder; pero sí podremos asegurar que el brillo, el respeto que impone la mujer científica deslumbrará y no hay duda, ofuscará las prendas de la humilde sensitiva que ha seguido un camino opuesto: mas hay que agregar tambien que la ciencia es demasiado celosa para permitir otro imperio junto á ella, que las ovaciones y la admiración del mundo repercuten suavemente en el seno de la familia, pero muchas veces no aportan la felicidad.

Debemos, sin embargo, felicitarnos de la altura que ha alcanzado en nuestro país la educación de la mujer, puesto que ella es la base de la regeneración social, por que sólo las madres pueden lo que no podría conseguir jamás ningún maestro: el hombre no olvida nunca las impresiones de la infancia

grabadas en sus conciencias por los labios adorados de su madre.

Que la mujer uruguaya se inspire siempre en el grandioso ejemplo de aquella noble patricia, que consideraba como un timbre glorioso el de haber formado con su ejemplo y educación aquellos ilustres tribunos que dieron su vida por la felicidad del pueblo romano, y que por único título nobiliario ostentaba el «SOY LA MADRE DE LOS GRACCOS »

SYLVIA.

Salto, septiembre 1899.

La modestia de la Sta. Deolinda Bajac la impide firmar el artículo que publicamos. La indiscreción es nuestra.
LA DIRECCIÓN

LA VIDA NUEVA

Grandes y fecundos son los progresos que en el vasto campo de las ciencias físicas y morales encomian la humanidad de una vida nueva, á la vida de la libertad y de la acción, en la que el hombre emancipado de la eterna necesidad de lo sobrenatural que hacía revivir en su alma la fé eterna abre los ojos à la luz y se eleva, con el vuelo de la inteligencia y la clarovisión de sus destinos.

La organización civil y política de nuestra nacionalidad tiende à perfeccionarse sobre la base de los descubrimientos científicos y preceptos filosóficos que redimen la conciencia humana de la esclavitud de la superstición y el error, de ese profundo error en cuyas sombras tenebrosas dormían los pueblos antiguos el sueño secular de la ignorancia y de la inconsciencia.

Empero, el aura vivificante de las alturas aun no ha descendido al valle á purificar el ambiente social que se respira aquí abajo. Fuera del pequeño mundo donde se agita nuestra legión intelectual, vive la turbamulta una existencia oscura, dominada por los resabios del pasado, sin conmoverse por el influjo de esas múltiples enseñanzas que cultivan la inteligencia, que educan el corazón, que confortan el espíritu, que robustecen la voluntad y aquilatan el sentimiento.

El patriarcado de la familia y el apostolado de la escuela y de la prensa tienen mucho que hacer en el sentido de nuestra redención social. Que la REVISTA DEL SALTO cumpla la nobilísima misión que á este fin su apostolado la encomienda.

Necesitamos, sí, una publicación que defienda las claridades de la verdad científica, que haga sentir las palpitaciones del sentimiento de lo bello, robando al arte sus delicadas alegrías, que despierte las conciencias adormecidas por el soporífico influjo de idolatrías y supersticiones enervantes que debilitan y embotan el sentido moral de las sociedades que tienen una misión más augusta que cumplir en la tierra que la de bastardear sus energías aplicando sus esfuerzos á la sóla conquista de la otra vida, ó la de arrastrar una existencia vegetativa sin más satisfacciones que las del instinto ni más alhago que el de los sentidos, incensibles á las excelsas creaciones del pensamiento que arranca á la naturaleza sus secretos y se eleva à la altura para fijar su vista escudriñadora á través del tiempo y del espacio.

Una publicación en su triple faz artística, científica y filosófica llenaría en gran parte tan alta misión educadora.

El periodismo es una escuela, es una cátedra de ámplia resonancia; y todo depende de que los llamados á oficiar en ella como maestros respondan á un plan de estudios que salga de la vulgaridad de los programas de las muchas publicaciones sociales que hemos tenido hasta aquí.

Prescíndase, en la elección de los temas, de esos cuadritos fantásticos que á la simple vista presentan el tono y el estilo de tantas producciones adocenadas que circulan pro-

fusamente en revistas y librejos. Tales composiciones de sospechosa originalidad me recuerdan esas oleografías *al transporte* que se venden en las ferreterías, representando paisajes desconocidos recargados de coloretes. Penetremos en nuestras selvas casi vírgenes, pobladas de árboles seculares; coronemos la verde colina ó trepemos á las abruptas elevaciones de nuestro suelo, y en todas partes encontraremos leyendas históricas que recojer, fecundas en episodios heroicos y en ejemplos nobilísimos, que la literatura descriptiva puede traducir con todas las galas de nuestra poètica naturaleza, perfumàndolas con el aroma de nuestras flores silvestres. Hasta en la solitaria tapera encontraríamos el recuerdo de sentidos idilios de amor, tronchados por el vendabal de la desgracia.

Prodiguemos también la contracción á la educación física de la juventud, exhortando á los padres de familia á darla á sus hijos de una manera que se armonice con nuestro clima y el temperamento de los educandos por medio de ejercicios que activen las funciones de la nutrición dando fuerza al músculo y robustez al cerebro. Un organismo robusto circulado por sangre rica en principios nutritivos en un cuerpo sano. *Mens sana in corpore sano*, decían los antiguos con sentenciosa lógica, convengamos, pues, en que la educación física es un factor poderoso que aminorará considerablemente el número de los desequilibrados, de los incapaces de perseverar en el trabajo mental que por desgracia constituyen una legión numerosa en este fin de siglo.

La educación de la mujer encierra también una cuestión de vital importancia que debe preocupar mucho á los sociólogos contemporáneos.

La educación actual de la familia deja mucho que desear en el sentido de preparar á la mujer para el cumplimiento de la augusta misión que la naturaleza, el hogar y la sociedad le han encomendado.

Presiento un porvenir de decadencia para las generaciones que vienen cuando veo tantas jóvenes entregadas á frívolas preocupaciones que no conciben otro brillo en la sociedad que el que presta el lujo deslumbrante de los trajes ni otra manera de agradar que el empleo de artificios que constituyen deplorables atentados contra el desarrollo armónico del organismo físico y de la salud, como el uso inmoderado del corsé y otros funestos caprichos de la moda reinante; cuando veo tantas jóvenes que pierden lastimosamente el tiempo entregadas á la oración á ese arrullo pueril que bastardea todas las energías, en el que se adormece la voluntad y por el que cobra el sér hastío á la vida y á la acción.

Esa religión que diviniza á la mujer à condición de ser vírgen y reclusa como las vestales de la vieja Roma; que imagina una que sigue siendo vírgen después de ser madre, escarnece á la naturaleza, condena la vida y niega á la mujer, lanzándola á la perversión, à ella que sólo es grande perpetuando la vida y prodigando las humanas ternuras que brotan á raudales de su corazón priviligiado!

La redención de la mujer que permanece presa del fanatismo religioso encarna la solución de un gran problema social, dada la influencia poderosa que esta ejerce en la familia y la sociedad.

El fanatismo religioso no debe tolerarse ni aceptarse porque sería recomenzar eternamente la vida oscura de los siglos malos. El debilita, embrutece; los deshechos de votos que la herencia lega, engendran generaciones humilladas y timoratas, pueblos degenerados y dóciles, una presa fácil para los poderosos de este mundo.

Sí, contribuyamos todos en el hogar, en la escuela y en la prensa á

la dignificación de la mujer. Que sea ella religiosa, si quiere, pero religiosa consciente de sus creencias con el convencimiento que presta la razón serena, y no con la torpe impulsión de la fe ciega.

Voy á cortar el hilo de mis reflexiones, haciendo votos por que el público preste á la REVISTA DEL SALTO la protección que merece por sus felices producciones, y por que todos los colaboradores de este periódico desde el experimentado veterano en las lides del pensamiento hasta el humilde recluta se inspiren en un plan de estudios de elevadas proyecciones.

ANTONIO C. CATALÁ.

Salto, septiembre 27/99.

FLORES DE PESADILLA

Á LA DESNUDEZ

ODA

¡Qué hermosas las mujeres de mis noches!
En sus malditas carnes laceradas
Pongo mi beso adolescente y torpe,
Como el rocío de las noches negras
Que restaña las llagas de las flores.
Pan canta los maitines de la vida
En su rústico pífano de roble,
Y Canidia compone en su redoma
Los filtros del pecado, con el polen
De rosas ultrajadas; con el zumo
De fogozas cantáridas. El cobre,
De un címbalo repica en las tinieblas,
Reencarnan en sus mármoles los dioses,
Y las pálidas nupcias de la fiebre
Florecen como crímenes. La noche,
Su negra desnudez de virgen cafre
Enseña engalanada de fulgores,
De estrellas que acribillan como heridas
Su enorme cuerpo tenebroso. Rompe
El seno de una nube, como triste
Crisálida de plata; sobre el bosque
La media luna, como blanca uña
Apuñaleando un seno; y en la torre
Donde brilla un científico astrolabio,
Con su mano hierática, está un monje
Moliendo junto al fuego la divina
Pirita azul, en su almirez de bronce.

Surgida de los velos, aparece
—Ensueño astral—mi pálida consorte
Temblando en su emoción, como un sollozo;
Rosada por el ansia de los goces,
Como serena brasa de incensario;
Y los besos estallan como golpes,
Y el rocío que baña sus cabellos
Moja mi beso adolescente y torpe;
Y gimiendo de amor bajo las torvas
Virilidades de mi barba; sobre
Las violetas que la ungen, exprimiendo
Su sangre azul sobre su carne joven,
Palidece de amor, como una grande
Azucena desnuda ante la noche.
¡Ah! muerde con tus dientes luminosos,
Muerde en el corazón las prohibidas
Manzanas del Edén; dame tus pechos,
Cálices del ritual de nuestra misa
De amor; dame tus uñas—dagas de oro—
Para sufrir tu posesión maldita,
El agua de tus lágrimas culpables,
Un beso en cuyo fondo hay una espina.

Mira la desnudez de las estrellas,
La noble desnudez del las bravías
Panteras del Nepal, la carne pura
De los recién nacidos, tu divina
Desnudez—que da luz—como una lámpara
De ópalo, y cuyas vírgenes primicias
Disputaré al gusano que te busca
Para morderte con su helada encía,
El panal perfumado de tu lengua,
Tu boca con frescuras de piscinas.
Que mis brazos rodeen tu cintura
Como dos llamas pálidas, unidas
Al rededor de una ánfora de plata
En el incendio de una iglesia antigua.
Que debajo mis párpados vigilen
La sombra de tu sueño mis pupilas,
Cual dos grandes leonas de basalto
En los portales de una sala egipcia.
Quiero que ciña una corona de oro
Tu corazón, y que en tu frente tímida
Caigan mis besos como lirios blancos,
Y que brille tu frente de sibila
En la gloria cirial de los altares,
Como una hostia de sagrada harina,
Y que triunfes desnuda como una hostia
En la Pascua ideal de mis delicias.

¡Entrégate! La noche bajo su amplia
Cabellera flotante nos cobija,
Yo pulsaré tu cuerpo, y en la noche
Tu cuerpo pecador será una lira.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires.

LA ADULACIÓN

Si no hubiera en este mundo hombres vanos, fatuos y orgullosos; si cada uno, revestido del juicio más imparcial, se estimara á sí mismo con la moderación que debiera, considerándose siempre en una escala inferior á la que real-

mente puede aspirar; si procurásemos por todos los medios lícitos, que son los legítimos, rodearnos y acumular el caudal de buenas acciones, de maneras y modales que una sociedad sensata exige para poder caracterizarnos y colocarnos en el grado que merecemos supuesto que en esta balanza y no en otra se pesan la honradez y los méritos reales de los hombres; si lo dicho llegase á ser una verdad, desaparecería de la sociedad esa plaga de aduladores viles y bajos que prostituyen su dignidad y todas sus convicciones en aras de alcanzar algun favor del poderoso á quien falsamente figuran adorar, ensalzando las más de las veces actos impúdicos y vergonzosos y halagando su necio orgullo con las más pueriles lisonjas.

El que admite y se deja seducir por ese falaz y estudiado lenguaje que caracteriza al adulador, dá á conocer que es un sér de ningún mérito ni valimiento, pues crée, dominado por su vana ignorancia, que su valer estriba en las halagadoras palabras de un reducido número de lagoteadores miserables y astutos que publican con el mayor bombo las palabras y acciones de su protector, por ridículas y necias que sean.

¡A cuántos hombres vicia y corrompe el aliento venenoso que imprime la adulación!

Semejantes hombres, débiles en extremo, no tienen un carácter firme ni opinión fija; viven vacilantes, sin ideas sólidas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y se entregan inconscientes á lo que más alimenta su necio orgullo y petulante vanidad.

Una educación esmerada y esencialmente moral que imprimiese en los hombres firmes convicciones, haría desaparecer estos entes presuntuosos que ven en los mentidos encomios el único modo de hacerse notables entre el vulgo.

Tengamos presente para nuestro gobierno, en la senda escabrosa de la vida, que la adulación no puede crear más que amigos falsos y venales, verdaderos rufianes que nos complacen cuando estamos en la prosperidad, en cuyo caso nos adoran como dioses y parece que adivinan nuestros pensamientos, nuestros más insignificantes deseos para contentarlos celebrando y aplaudiendo muchos actos sin consideración ni examen.

¡Pero desgraciado de aquel que rodeado de esa caterva vil de cortesanos, y envanecido con el incienso de estos lisonjeros serviles, caiga de su alta posición y le conduzca su adversidad á la pobreza ¡Entonces, ay! tendrá el sinsabor, el triste desengaño, de contemplar que toda esa plaga de falsos amigos que lo ensalzaban, huirán de su presencia y serán sus más declarados enemigos, que denigrarán públicamente todos los actos que antes habían encomiado con el mayor entusiasmo.

Aprendamos, pues, á conocernos á nosotros mismos, apreciándonos en mucho ménos de lo que juzgamos podemos valer; é ilustrando nuestro entendimiento no daremos cabida á la adulación que ofende nuestra dignidad.

SEBASTIÁN ANGELERI.

Salto, septiembre /99.

VISIÓN

Para Alfredo Lagos

Oculto entre el espeso follaje que vigorizaba la ribera, contemplaba una mujer tendida sobre el musgo. Reclinada su cabeza sobre un montón de tiernas margaritas, parecía una princesa de los cuentos árabes.

Su cuerpo era fresco y blanco, como un jazmín recién abierto; y sus ojos, dilatados y negros, tradu-

cían la pureza de un corazón tan franco como la voz de la conciencia.

Entreteníase, arrojando piedrecitas, en romper la limpidez del arroyuelo que corría entre los árboles del bosque, cuya densa sombra enlutaba el azul de las aguas, como una franja de cielo entrevista entre nubes de lluvia.

Bandadas de pájaros multicolores revoloteaban á su alrededor cantando eglógicos himnos.

A intervalos, la alta vibración se extenuaba en la pura melodía de un trino que ondulaba en la atmósfera luminosa, lánguidamente, como las caricias de la mujer amada.

A poca distancia, una cascada arrojaba montones de sonidos que, arrebatados por el viento, iban á chocar contra una verde colina, sirviendo de constante insomnio á la bandada de buitres.

Flores de todos matices y perfumes abandonaban sin cesar átomos de polen que, dispersados, embalsamaban el ambiente.

El arroyo, los pájaros, la cascada y las flores, todos se habían reunido allí para acariciar con sus aguas, sus trinos, sus sonidos y sus perfumes, la plácida existencia de aquella diosa.

¿Cómo había llegado á aquel edén? No lo sé.

* * *

Un fuerte soplo de viento abrió las ramas que me ocultaban, y la diosa fijó en mí sus negros ojos, obsequiándome con una sonrisa.

La nube de pájaros de su corona vino hacia mí, como à invitarme, en nombre de ella, á cruzar el arroyo y vivir á su lado

No vacilé; quise lanzarme enseguida sobre las piedras que servían de puente; quise correr para confundir mi vida con la de aquella deidad... pero, ¡oh dolor! á pocos pasos mi cuerpo quedó como encallado, sin poder continuar. Retrocedí de nuevo y avancé; pero lo mismo, al llegar á la orilla mis piernas se negaron á seguir. Intenté saltar, como último recurso; mas al hacerlo, un ser misterioso me arrebató en el aire, y cruzando veloz, fué á depositarme dormido en la soledad de mi lecho.....

* * *

Al despertar, al día siguiente, encontré sobre mi mesa de luz, una carta.....

¡Mi novia, mi único anhelo, se había casado! .....

....

....

¡El destino me había colocado á un paso de la Dicha, y cuando iba á alcanzarla, me arrebató!

ASDRÚBAL E. DELGADO.

Montevideo, septiembre de 1899.

EL ABOGADO

UN POCO DE PSICOLOGÍA

(Conclusión)

El abogado en general—ésto es, el que tiene inclinaciones naturales para ello y decidida vocación—tiene la facultad especial de asimilar con gran facilidad no sólo los conocimientos inherentes á su carrera, sino tambien las ideas y los experimentos de las demás profesiones.

El ingenio del que se dedica á la abogacía es finamente elástico, y en virtud de esta elasticidad es que asimila las más arduas cuestiones con mucha y asombrosa rapidez.

La razón es fácil. El Derecho es ciencia y arte à la vez, que abarca muchas relaciones humanas, y los más importantes actos de las personas unidas con las cosas. En las primeras está más la relación de derecho. En las segundas reside más la ciencia que denuncia numerosas observaciones. Si el Derecho es, pues, universal y algo tan ex-

tenso y ramificado, necesariamente los hombres que lo aplican han de adquirir esa táctica asimiladora que los hace aparecer ante el vulgo como seres tan superiores.

Con el derecho, todas las demás ciencias tienen relación. Muchas otras pueden subsistir por sí solas: El Derecho, no. El buen Derecho necesita de la Economía Política, de las Finanzas, del Comercio, de la Industria, de la ciencia Social, del Derecho constitucional, de la Política, de la Historia, hasta de la Medicina Legal, de todas estos órdenes del saber que exigen los estudios universitarios modernos. No puede ser más amplio, pues, el campo del Derecho, y el abogado que posee en conciencia tan preciosos elementos de ilustración, tiene que ser casi forzosamente un buen abogado, y más: un notable estadista.

De ahí el espíritu amplio del jurisconsulto que todo lo puede y que, como ningún profesional, si quiere, mediante un ejercicio continuado, puede adquirir.

Por esta amplitud, el abogado tiene un gran poder generalizador, y es á un tiempo observador y sintético.

Es muy fácil hallar abogados literatos, periodistas, financistas, pedagogos, comerciantes, industriales; pero es más difícil encontrar profesionales de otro orden que invadan ciencias extrañas á su profesión. De ahí el espíritu de concentración del comerciante, la rigidez y aparente concisión del médico, la preocupación del pedagogo, el carácter apacible del industrial, la reflexión del financista y del ingeniero, el temperamento inquieto y bullicioso del periodista.

De allí tambien el hábito divagador del abogado, hijo de las múltiples fuentes de información adonde debe acudir para dictaminar en tan diversos asuntos como le toca hacerlo en toda su vida

Y como todo tiene íntima conexión con el Derecho, el abogado tiene la obligación moral de ingerirse en muchos asuntos que no son de su exclusiva competencia.

La prueba evidente de todos estos hechos está en que no se dice jamás que exista en el mundo un abogado dedicado únicamente al Estudio del Derecho y á su aplicación práctica en los litigios que patrocine; en una palabra, un abogado egoísta puramente profesional.

—

El abogado es inteligencia, por lo común, gallarda, al servicio de todas las causas. Es también una de las fuerzas que prestan más favores sociales.

La política, el periodismo, la literatura, el Ateneo, los Municipios, le piden su concurso, y siendo el abogado de conciencia libre por derecho de nobleza de su profesión, es esclavo de todos los deberes colectivos, compañero de todos los compromisos populares y amante de todos los altruismos que elevan y nivelan á las sociedades. No hay ningún egoísmo ni mezquindad alguna en esa grandiosa concepción del Derecho, con que el abogado se familiariza, y hásta tal punto es esto cierto que hasta los malos defensores, los de conducta bochornosa, han jugado á la generosidad y al desinterès con algunos clientes.

El abogado no tiene alma para negar: tiene demasiado corazón para cobijar en los pliegues de las banderas de sus defensas á los intereses lesionados que van á cubrirse bajo su ala protectora.

Y tal vez porque son tan multilaterales su temperamento y su acción, es objeto de tanta càbula, víctima de tanta calumnia, sujeto considerado inmoral por estar dispuesto tanto al patrocinio del *pro* como del *contra*.

—

El abogado, civilista ó penalista, necesita conocer á fondo el corazón humano, este arte tan importante

como la ciencia de las Pandectas y tan armónico con sus Códigos y su historia como son armónicos la teoría y su práctica aplicación que el médico despliegue y ejercite.

Pero el sentimiento del abogado no debe endurecerse á fuerza de conocer la Humanidad. Inagotable debe ser su generosidad, porque abogado sin corazón no puede ser bueno.

Los mèritos y los defectos del abogado son hijos de la sociedad en que vive. Si el abogado defiende á veces causas injustas, él no es el culpable, sino la costumbre social que ha exijido una perpetua defensa para una injusticia y la educación personal aun incorrecta y deficiente que pide en nombre de la conservación de la especie una eterna atenuación para las faltas, los abandonos, las sinrazones y los delitos.

—

La elocuencia no es hermana gemela de la abogacía ni su compañera inseparable. La elocuencia concisa en la palabra, como la concisión de su honradez. La exposición, clara á todas luces, la aplicación del Derecho, sobria y la literatura del estilo, que debe ser arma de primera fuerza, más extendida, y con ramificaciones y pendientes de brillantes, mucho mejor.

En nuestra República, con el procedimiento escrito, el abogado necesita poco de la elocuencia.

—

El horizonte de la política que el abogado divisa color de rosa tan frecuentemente, suele perderlo. Su capacidad se atrofia, y la espina dorsal de su carácter se quiebra á fuerza de doblarse.

Más servicios suele prestar el abogado desde la llanura social que en las cumbres de la política. Al público descontentadizo nunca choca tanto un pleito temporal del bufete como el pleito secular de los políticos.

El abogado es ménos ambicioso que el político.

—

Transar y *conciliar:* he ahí las fórmulas á que va quedando reducida la abogacía en los tiempos contemporáneos.

Es indudable que esta profesión se ha vuelto demasiado mercantil. Al estudio del Derecho ha sucedido el imperio del cálculo, y la justicia va siendo sustituida por la equidad.

Saneada la propiedad, quedarán los problemas de los contratos y de las sucesiones para erigir al abogado en una posición más equilibrada de la que se encuentra actualmente en el concepto del público, y su carácter de *honorario* recuperará su antiguo prestigio, honrado por la tolerancia y la educación de los hombres y de los pueblos.

ATILIO C. BRIGNOLE.

Salto, septiembre 23/99.

Fantasía nerviosa

—

Juan era de un temperamento nervioso, fatalmente inspirado, y cuyas acciones, á fuerza de rápidas è includibles, marcaban una inconsciencia rijida en el cerebro que había desprendido la concepción.

Su sér cuadraba una neurosis superior, completa, honda, ardiente, sanguíneamente atávica. Era acaso el sentenciado de una antigua y anónima epopeya de sangre, cuyas estrofas de rubì goteaban sobre su destino.

Tenía las cualidades de un gran criminal: la resolución rápida, abofeteada por una necesidad imprescindible de matar; sus brazos tenían una musculatura heróica; y su cabeza, tocada con cinel rudo, tardaba en pasar de la idea al hecho, el tiempo que tarda el puñal en salir de la vaina.

Juan mató, porque tenía que matar. Y mató á una mujer, á la pri-

mera que encontró, á las doce de la noche de un mes de verano.

Corrió furiosamente, dejando tras de sí una puñalada y marcando su carrera con las manchas de sangre que goteaba su cuchillo enrojecido.

En las calles desiertas, rosonaba su galope precipitado y jadeante de fiera herida.

Juan fué á un baile de máscaras, y el baile encendió su sangre. Los risas le herían como un insulto, y las parejas que se movían alrededor suyo se burlaban de él. Las colgaduras rojas eran manchas de sangre coaguladas en la pared, y sus ojos se bañaban en una visión de púrpura.

Era siempre la necesidad diatésica de matar. Y Juan mató á una máscara con quien fué á cenar, y la dejó tendida sobre el diván, con el pecho abierto, manando borbotones de sangre que iban á empapar un ramo de rosas pálidas que llevaba prendido al seno.

Juan se acostó y apagó la luz; y en la oscuridad veía sangre, una lluvia de sangre que mojaba su cuerpo. Sentía un furor desesperado, con deseos de volver al restaurant y apuñalear á aquella mujer que seguramente no debía estar muerta.

La carne le enardecía, como un manto purzó tendido ante un toro. Deseaba herir, desgarrar, clavar su puño en una herida abierta para agrandarla más. Una vaporización sanguinolenta flotaba ante sus ojos, hostigándole como un horizonte insalvable. Sus fosas nasales se abrían en una aspiración húmeda y caliente, y sus oídos vibraban en una audición de sangre brotando en oleadas.

Poco á poco, la bruma sangrienta fué desvaneciéndose y la excitación pasó. Juan pudo conciliar el sueño y se durmió.

Hacía mucho tiempo que había cerrado los ojos, cuando se despertó con una angustia indecible. Había sentido que le llamaban con una voz lejana que iba acercándose hasta llegar á la puerta.

El conocía esa voz; era la voz de la muerta que había dejado tendida en el diván, á la que había asesinado. La muerta resucitaba y se acercaba lentamente á su cama, lentamente.....

Sus cabellos se erizaban, y su garganta no daba paso á un sonido. Se recojía cuanto le era posible en la cama, y su expresión, contraída delirantemente por el terror, daba de bruces sobre la almohada.

La puerta chirrió como si se abriera; y sintió un ruido de pasos velados, cada vez más perceptibles. Se detuvieron al lado de la cama, y un soplo glacial cayó sobre su cara, en tanto que una mano helada se posaba sobre la suya y la elevaba irremediablemente hasta un ajugero, viscoso como sangre coagulada.

Juan dió un grito de horror y abrió espantosamente los ojos.

La visión escarlata había desaparecido. Todo era negro, sombríamente opaco, en cuyas ondas se sacudía—como el revoloteo de una ave agorera—su disnea extrangulada de arterioclerótico.

Y en seguida sintió un cuerpo frío que se deslizaba al lado suyo, y sintió à la muerta que le comunicaba su helor y rigidez, y su brazo que no podía apartarse de aquella herida abierta y húmeda.

La muerta se apoderaba de su carne, sin que todo el horror desesperado pudiera separarle de ella. Y sintió una cara inerte que se dejaba caer sobre la suya, y aunque quiso apartarla, no lo pudo conseguir.

Así pasaron una hora, dos, tres, loco de terror, delirando constantemente, y siempre, siempre la muerta à su lado!

Juan pasó toda la noche acostado con una muerta que apoyaba la cabeza en su pecho, y sin poder separar la mano de la herida que él había abierto con el puñal.

Al otro día hallaron á Juan, muerto en la cama, con una puñalada en el pecho. Su rostro tenía una expresión de locura horrorizada; y en el cuarto, que revisaron por todos lados, sólo hallaron un ramo de flores pálidas manchadas de sangre.

1899 HORACIO QUIROGA.

SOCIALES

Se anuncian varios casamientos que se realizarán en los últimos días de Primavera, época de las flores, de los vientos, de los nocturnos y de los amores.

Es natural. Hay un momento en nuestra vida en que el alma enferma, y la mirada se vuelve ansiosamente soñadora. La visión de una nueva vida aletea en nuestros recuerdos y en nuestras glorias, como una paloma blanca que nos revelara, en un rayo de luz, el secreto de un misterio insoluble, como anunció á la melancólica elegida de Nazareth, la maternidad del compasivo Profeta.

Sentimos, en la nostalgia de un edèn patriarcal, un elocuente perfume de azahares. Nuestros pensamientos lloran en la soledad de una vida de memorias, y nos hallamos abandonados, desterrados de un encantador paisaje bíblico, estèriles, solos, sobre todo solos

El cerebro es incapaz de contener tantas y tantas caricias como las que le envía el corazón. Besos y suspiros, éxtasis y reproches que viven en una ansiosa espera, talvez humedeciendo la mirada, talvez tiñendo los labios con un carmín cargado de promesas.

Son sus esfuerzos para salir á luz los que apresuran la galantería de joven amante; son sus caricias las que encienden el rubor de las mejillas y ahondan las pupilas de unos ojos adorados.

Prisioneros queridos y aherrojados, mártires de un pecado trascedental, que buscan inútilmente sin encontrarles, una mirada que los mime, un beso que los anide. Pero su existencia avasalladora concluye por romper el dique, y las ideas se afirman en un solo pensamiento, puro, sencillo, sublimemente profano.

La noche deseada llega. Los blancos azahares aureolan una frente límpida y virgen como una hostia. Las cabezas se bajan temblorosas ante el *sí* ritual, y la noche nupcial se extiende como una madre cariñosa y libertadora de esas caricias, de esos besos, de esos éxtasis contenidos.

* *
*

Cuántos la hemos visto y oído, conservamos de ella el recuerdo, como de una niña mimosa y consentida que obtenía nuestras caricias.

Al verla pasar no podíamos menos de mirarla con cariño, viendo su cabecita de virgen y su aire de pequeña señora.

Sonreía; pero su boquita estaba casi siempre replegada en un gesto de melancolía y desaliento, como si recordara un paraíso perdido, lleno de ternezas que no podíamos prodigarla.

Era hermosa, pero más que hermosa era buena. Pasó como una ráfaga de jardines, no quedándonos sinó su perfume.

En los salones de baile, paseaba con una negligencia de criatura hermosa á la cual nada se la niega.

Y como sabía que la admirábamos, nos quería.

Todos los que han bailado con ella recuerdan la gentileza de sus movimientos, la ternura de su expresión. Donde caían sus ojos, to-

NOTA—Nos vemos obligados à cortar este ensueño escrito. En el siguiente número continuarà.